

La insumisión y sus estilos*

Julián Sauquillo**

..

Recibido: 16/09/2014 **Aceptado:** 31/08/2015

Existe una visión de la filosofía política que procura aportar cuáles son los principios de legitimidad del poder. Nuestra modernidad confió en que criterios normativos de conducta pública bastarían para ordenar las intervenciones del Estado de forma justa. Todo el imaginario de la Ilustración se fundamentó en la igualdad, la libertad y la seguridad jurídica como pilares de la justicia pública. Un mecanismo universal de justicia bastaría para garantizar los derechos de los ciudadanos en la convivencia social. El mecanismo se vio sometido a ajustes posteriores para liberar una parte de la conducta social regulada por estos principios como moralidad privada intangible al derecho. Al modelo universalista de derechos le surgieron fuertes objeciones venidas de los partidarios de los derechos colectivos. Pero las fracturas no se advertían solo por los defensores del multiculturalismo sino también de una historiografía que señalaba las insuficiencias de la Ilustración. La historia contemporánea puso de manifiesto que, cuanto más se subrayó la autonomía de los sujetos, más se veía ratificada la heteronomía de los individuos en la sociedad. La omnipotencia del Estado –según el argumento crítico de Marcel Gauchet– ocupaba este déficit de libertad individual. Cíclicamente, este proceso se veía ratificado una y otra vez. Para explicar este proceso, emergió una filosofía política, sustentada en la revelación de las sombras de la Ilustración. Esta meditación crítica subrayó más las exigencias morales más inaplazables de los individuos que las razones del Estado para intervenir en la sociedad.

Crítica y estilos de insumisión, coordinado por Claudio Martyniuk y Oriana Seccia, reúne nueve trabajos que pueden responder a las demandas políticas hoy todavía insatisfechas por la Ilustración y a la sospecha de que el proceso de secularización ilustrado no sea tal en sentido profundo. De una parte, «La revolución de lxs “nada”: una aproximación al debate sobre orientación sexual, identidad de género y discriminación», de Paula Viturro Mac Donald; «Verdad y negación del sexo. Una herme-

*. Reseña de Claudio Martyniuk y Oriana Seccia (coordinadores). *Crítica y estilos de insumisión. En compañía de Ludwig Wittgenstein, Michel Foucault y Cornelia Vismann*, Prometeo Libros, Buenos Aires, 2014, 236 págs.

**.(julian.sauquillo@uam.es) Doctor en Derecho por la Universidad Autónoma de Madrid. Catedrático de «Filosofía del Derecho» y Profesor de «Historia de la Teoría Política» en la Universidad Autónoma de Madrid. España.

néutica de la sexualidad posmoderna», de Esteban Dipaola; y «(Re)montando imágenes, gestos y palabras: El pasado reciente argentino y las producciones estético-testimoniales de sus herederos», de Magalí Haber, dan cuenta de las formas en que el poder, hasta la actualidad, persigue, reprime y hace desaparecer los cuerpos de los estigmatizados: primero, se señalan los pasos adelante y los pasos todavía no dados en el reconocimiento de los sujetos LGTB; segundo, se dan cuenta de las conjuras del sexo a través del lenguaje y de los dispositivos de consumo que nos configuran en el capitalismo tardío; y tercero, se rastrean las dificultades para representar el holocausto argentino a través de los documentales de los años setenta y la experiencia del Nuevo Cine Argentino de los años noventa. De otra parte, «Los rastros de Pierre Legendre en Enrique Marí», de José Bellido, traza los encuentros y desencuentros del historiador del derecho y psicoanalista francés con el filósofo del derecho argentino y subraya la dimensión litúrgica del poder en todos los tiempos. La poética y la dogmática del poder habrían obrado siempre con diferentes estrategias y modulaciones. La ciencia no sustituyó los dogmas y ceremoniales religiosos, más bien los vertió como planificaciones y neutrales dictámenes científicos. El viejo orden de dominación premoderno metamorfoseó sus vetustas constricciones y represiones en nuevas formas de disciplina, ya no bajo el ojo de dios sino del complejo científico técnico moderno.

Todos los trabajos de *Crítica y estilos de insumisión*, de una u otra manera, señalan las fisuras, las grietas, las fracturas del gran edificio ilustrado. Toda esta mecánica modernizadora de la sociedad contemporánea entronizó los derechos humanos y la ley como sus grandes creaciones racionales y, a su vez, construía sus propios monstruos. Los logros racionalizadores seguían un proceso ambivalente, plagado deaporías y promesas incumplidas de libertad. Max Weber, desde la sociología comprensiva, y Franz Kafka, en la literatura moderna, levantaron acta muy pronto de las dificultades y extrañamientos que padecería el alma moderna que no se plegara a ser mero engranaje de esta maquinaria burocrático-racional. Todo el trabajo de Cornelia Vismann, «Las lecciones de escritura del derecho» (Prefacio y Capítulo I de su *Akten. Medientechnik und Recht*, Fischer Taschenbuch GmbH, Frankfurt am Main, 2000) desmantela la visión del derecho y el Estado como garantes de los individuos para subrayar que son, muy al contrario, maquinarias ingentes de apilamiento de pilas babilónicas de papel. El derecho aparece aquí como forma depositaria de actos autoritarios y administrativos reflejados en los expedientes. Toda la cultura jurídica escrita ha surgido como empoderamiento de la escritura y rechazo de la literatura. El derecho escrito doblegó las formas comunitarias de organización tribal en torno al derecho oral para afianzar el poder jerárquico de las administraciones. Toda la papelería burocrática, basada en listas interminables de elementos múltiples a administrar, pretende dificultar las transacciones humanas, dentro del argumento de Cornelia Vismann. El derecho y los tribunales de justicia actúan como cancelas que impiden el paso y reservan los secretos administrativos. La jerarquía del poder judicial materializa un procedimiento complejo de barreras: abren y niegan el acceso, facilitan o dificultan las transmisiones del derecho. Para Vismann, los expedien-

tes son la forma que tiene el poder de retener, coagular y almacenar el devenir de las cosas. Pero no se ha pensado, según la historiadora, cual es la finalidad política del expediente administrativo hasta ahora. Todo el engranaje de jueces, escribanos, cancillerías, prefacios de las leyes, notarios y oficinas jurídicas esta incardinado como una jaula kafkiana que restringe el acceso de los administrados. Si la reflexión de Cornelia Vismann tiene ese resabio antiguo que hace ver la pervivencia hoy del antiguo papel en los expedientes judiciales, conviene también reparar – dentro de la brillante exposición de José Bellido – en cuál es el papel condensador de imágenes del video como artilugio, cada vez más frecuente, de capturar comportamientos. Parece que todos estos textos de *Crítica y estilos de insumisión* están subrayando que expedientes judiciales, análisis clínicos, videos de vigilancia, estrategias legislativas progresistas, documentales políticos, testificaciones de la tragedia acontecida no visibilizan y reparan una parte del dolor, del sufrimiento, del grito de protesta, del coraje de las reivindicaciones colectivas que llaman a expresarse y cambiar el régimen de poder que padecen y del que forman parte. Acaso sólo la literatura que escapa a los conceptos, a los planos, a las secuencias, a los montajes, a las capitulares de los documentos timbrados, como un «grado cero de la escritura», sea capaz de dar cuenta de este sufrimiento.

A partir de este aliento crítico, «Abstracción de lo sensible, impertinencia, esperanza, expediente», de Claudio Martyniuk, aborda una experiencia preconceptual de acercamiento a los libros antes de que sean capturados por el entramado técnico de la biblioteca y la filosofía tecnificada. Su reivindicación del sonambulismo, del fetichismo, de la compasión y de la redención como camino para una lectura infantil, ingenua (libre, en un sentido etimológico) – antes de que se imponga el filtro del rigor (mortis) de la academia y del marchamo innovador concedido por las vanguardias – recuerda que leer no es informarse sino acaso vivir los márgenes con mayor coraje. Ni las tormentas y los tumultos teóricos pueden armonizarse en clave de armonización y desciframiento violentos, ni cabe reducir la imaginación al coto sedado de Disneylandia. Parece como si Claudio Martyniuk recogiera la admonición de Jean Baudrillard ante la interposición de grandes simulacros teóricos que llegaron a rebasar, largamente y sin sentido alguno, la prolijidad inabarcable del mundo. Acaso estos simulacros actúen así para acotar una creatividad rebelde que no se somete a ser industria de animación infantil. Su propuesta, por momentos, parece reemplazar la organización burocrática y jerárquica del saber por una lectura que juega y dispara. Quienes crean que tal propuesta no cabe dentro de una indagación apasionante y sugerente han de recordar que la biblioteca, también para Michel Foucault, no era el lugar del orden del saber sino de una erudición que se extralimita como locura.

Para Claudio Martyniuk el texto filosófico es indagación y espera de captar las diferencias y singularidades de las cosas, frecuentemente reducidos a indiferencia. Pretende captar lo que la razón mutila y sólo el método infantil reconoce: el trompo, el peón que el niño hace bailar una y otra vez. Claudio Martyniuk, en vez de quedar prendado de los grandes problemas del filósofo, permanece en la espera nihilista de

ver girar cada vez de forma distinta al trompo bajo una cuerda torpe, como sugiere Franz Kafka, o de ver pasar el mismo río siempre distinto como Heráclito apuntaba. Esta esperanza premeditadamente infantil de comprender se asemeja a un impertinente meditar que el filósofo racionalista rechaza como la algarabía y el griterío de los chicos. A partir de este presupuesto artístico del texto, la escritura y la propia lectura no son estrictamente racionales sino indagadoras de lo que la comprensión racional amputa por irracional: el coro de los escritos, el silencio fulgurante, el tejido superficial del texto.

Su propuesta de escritura y lectura es un dionisiaco pensamiento poetizante. Martyniuk no desconoce la máquina de guerra a que se enfrenta esta poética de la diferencia: la memoria que achica y estrecha la infinitud y la singularidad mediante la repetición y la inmunidad a las diferencias. La memoria aparece dentro de su reflexión como la autoridad oficial que – como el derecho y la lógica, en otras esferas – iguala, homogeneiza e indiferencia. Que Martyniuk visite el pensamiento de Adorno y Horkheimer no es casual pues ambos filósofos alemanes desvelaron que la ilustración griega ya sometía los arcanos, los sentimientos individuales, lo esotérico, lo hermético como residuos de la racionalidad instrumental. La máquina de contabilidad y administración eficiente en que se convirtió la razón absorbe hasta el deseo de Sade como plusvalía devoradora de cuerpos. La primera castración racional es la de Ulises imposibilitado de seguir los cantos de sirena. En el mismo sentido frankfurtiano, Martyniuk rebate a esa ilustración que cercena lo extraordinario, lo inconmensurable, reducidos y purificados como ordinaria igualdad. En el texto de Martyniuk existe una resonancia foucaultiana de adoptar un *ethos*, una ascética, ilustrada diferente: el *Aude sapere*, el atreúete a pensar, que se sacude las muletas de todo dogma, no sólo los prejuicios de la religión – en clave kantiana – sino también los de la ciencia – en la visión nietzscheana –. Toda la ingeniería del alma practicada por la memoria oficial es desenmascarada: en términos wittgensteinianos, presupone el reglamento de una Orden. Para transgredir el código de esta memoria oficial, «Ludwig Wittgenstein y Fritz Mauthner. La dimensión trágica del ejercicio crítico», de Silvia Rivera, piensa el desacuerdo, la dispersión y la particularidad, en los límites del lenguaje, en vez del acuerdo y la identidad. Los textos de *Crítica y estilos de insumisión* hacen sugerentes apelaciones y operan como contrafuertes de un mismo aliento filosófico. El *pathos* trágico de Wittgenstein y Mauthner de renunciar a un acuerdo universal en el uso de las palabras – las formas de vida históricas determinan, en vez, sus significados – coincide en el desmantelamiento de la memoria como repetición machacona de idénticos e inmodificables sentidos a las palabras. En el texto de Martyniuk hay un desplazamiento de la reflexión epistemológica de Rivera hacia la meditación política. En los tiempos modernos, – aquí la resonancia de Vismann en Martyniuk es manifiesta – el Estado se encuentra maniatado por su memorioso archivo. El Estado contemporáneo, como el Funes memorioso de Borges, se encuentra imposibilitado de cualquier impulso creativo porque es reo de sus propios archivos y expedientes.

El «Prólogo» de Oriana Seccia y Claudio Martyniuk quiere vivificar la violencia y el grito de la crítica antes de que sea momificada en *papers* (de autopromoción) y entre en el tranquilizador museo de los dogmas. Y sus trabajos irrumpen contra esta ávida coagulación metódica del pensamiento. Dentro de esta perspectiva abierta, «Diferencia e indiferencia en el pensamiento social contemporáneo. Apuntes para una ciencia social retórica», de Oriana Seccia, plantea la necesidad de salir del requerimiento tecnocrático de una sociología amputada de cualquier requerimiento estético en su escritura. Su perspectiva apuesta por una imaginación política que acuda también a la literatura y no se reduzca a «contar pobres» con exactitud sin dar palabra alguna a la experiencia de la miseria. Seccia elabora una reconstrucción genealógica de la disciplina sociológica. Da cuenta de la permutación de la sociología normativa de Durkheim, que esconde su imperativo práctico al separar al sujeto del objeto, en una sociología de datos que vela su vocación silenciadora en la cosificación de la realidad como la única posible. Su punto de vista se alinea, más bien, en la tradición que, desde Dilthey a Weber, supone no una división sino una continuidad y una ruptura entre sujeto y objeto del conocimiento. Dentro de este punto de vista, las ciencias sociales son menos una observación de los hechos sociales que una ordenación conceptual de la realidad empírica. Las ciencias sociales no copian la realidad, la ordenan lingüísticamente de una forma válida. Lejos de estar el sociólogo separado del mundo, el sujeto está implicado en la realidad que observa. La opción de Oriana Seccia no es el positivismo de Durkheim sino la sociología comprensiva de Weber para la que la esfera intelectual está inmersa dentro del entramado de la vida social. El trabajo de Oriana Seccia sitúa a Marx como auténtico detective que averigua la plusvalía en la circulación dentro de la misma trama social que le tocó vivir. La narración de Marx es activa y se inserta dentro de las políticas del sentido: interpreta, desmonta, desvela, revela ficciones imperantes, construye otras nuevas, dentro de una creación que subraya el dolor y la explotación como la urdimbre en que vive el sociólogo. La clave de una sociología literaria está, dentro de este argumento, en develar el misterio de los factores de producción. Opta más por una sociología posmoderna (igual a la teoría a una construcción de ficciones y abandona cualquier parámetro de objetividad y universalidad) que por una sociología de la postmodernidad (fiel a la objetividad de los procesos sociales contemporáneos). Esta sociología ficcional, propuesta por Seccia, no concibe que sea necesario apartarse de la vida para observarla pues las propias categorías sociológicas no están separadas del proceso histórico. La culminación de la inmersión de la teoría en el proceso histórico del que es juez y parte, es Michel Foucault, un postmarxista, que llega a aventurar que no hay ciencia y teoría, separadas de la ideología, como pensamientos objetivos, sino saber siempre inmerso dentro de las relaciones de poder.

Indudablemente, la propuesta de insumisión de *Crítica y estilos de insumisión* recorre el camino difícil de favorecer un *ethos* revolucionario en vez de procurar cambiar la realidad a través de estrategias y tácticas universales y colectivas que se opongan a las formas de dominación. Por ello, las objeciones a esta forma de insumisión

no faltarán entre los lectores críticos más clásicos. Todo el trabajo moral de construcción de un nuevo *ethos* revolucionario suele abrir un cierto escepticismo. La viabilidad de una revolución que comience por una transformación de cada individuo, en vez de por una lucha urgente de los colectivos más desfavorecidos, tiene muchos detractores. *Crítica y estilos de insumisión* convierte a Bartleby «el escribiente», imaginado por Melville, en un avezado revolucionario que al preferir no hacerlo (colaborar con el otro en el requerimiento de la oficina) está desvencijando las estructuras modernas de dominación. Las propuestas de Gilles Deleuze y Giorgio Agamben son muy atractivas, en este sentido. Pero no faltarán quienes opinen que pueden darse abusos políticos de la literatura. Por ello, es muy oportuno el artículo de Mauro Benente, «Poder, ética y sujeto en Michel Foucault. Dudas sobre el *cuidado de sí* como práctica de resistencia», que cuestiona una de las propuestas francesas de insumisión más asentadas entre la crítica actual: la del autor de *Vigilar y Castigar* (1975) y *El uso de los placeres* y el *Cuidado de sí* (1984). Una exposición brillante y un conocimiento pleno de la obra de Foucault, que no pueden ser ajenos a la admiración, arman una sólida interrogación: ¿acaso Foucault no está dirigiendo su alternativa de liberación a los hombres libres, estrictamente, sin consideración a los cuerpos dóciles? A finales de los ochenta, Foucault está pensando la liberación a partir de las prácticas antiguas en vez de considerar los mecanismos disciplinarios que fabrican cuerpos dóciles. Estaba *incurriendo* en una «estética de la existencia» – según Mauro Benente, creo que acertadamente –. Dentro de esta propuesta de subjetivación artística, hay buenas razones para pensar que solo los hombres libres – y no los sometidos – pueden atisbar que cabe hacer de la propia vida una obra de arte. Liberarse estaba ligado, entre estos hombres libres, a la detentación de un privilegio familiar y a la tenencia de tiempo de ocio. Todos los ejercicios espirituales que comprende esta estética de la existencia – dice con razón Mario Benente – son impracticables en un régimen de encierro donde la disciplina es el poder absoluto de las relaciones. Por ello, es un acierto de este colectivo, agrupado en torno a *Crítica y estilos de insumisión*, contar con un contrafáctico que piense los propios límites de la insumisión. No habrá victoria de la resistencia, por parcial que sea, mientras no se dé un *ethos* nuevo. Pero tampoco será posible la revuelta si este *ethos* queda restringido a hombres nobles. Se trata de paradojas y aporías, hasta cierto punto siempre abiertas, que el lector podrá sopesar mejor desde la lectura de este muy valioso libro.